



CANTO DÉCIMOSÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Aparecese el Mesías á Tomás. — Juicio de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio. — Algunos resucitados se aparecen á los fieles y á los niños que fueron á visitar el sepulcro de Cristo. — Lázaro reúne en su huerto á los *setenta*, y á algunos de los peregrinos que habian ido á Jerusalem para celebrar la Pascua. — Visi ando Lázaro la tumba de su hermana, háb'ale el alma de esta. — Los resucitados, que habian tomado la forma de peregrinos, se muestran á los fieles en todo el esplendor de su inmortalidad.



Impelido por la necesidad de entregarse libremente á sus dudas habiase Tomás Dídimio separado de sus amigos, mas sintiendo pronto la necesidad de reunirse á ellos, se dirigió hácia la morada de

Juan. Ya cerca de la puerta se detuvo apoyándose contra un palmero, y entonces resonó en su oído la voz de los fieles que cantaban este himno á la gloria del Salvador :

« ¡Cristo ha resucitado! No dormirán para siempre sus criaturas en el seno de la tierra donde la despiadada mano de la destruccion las hundi6: resonará en lo infinito la voz que bendice, y el último aliento del anatema desaparecerá ante esa voz. Cuando los muertos se hayan despertado para la vida eterna, cuando para siempre se hayan cerrado las tumbas donde se descomponen los despojos de los mortales para ser un día dignos compañeros del alma inmortal, entonces se regocijarán los arcángeles, entonces la creacion brillará con nuevo resplandor. Brisa de la mañana, trae el polvo de los muertos; trae el polvo de los muertos; embalsamado aliento de la tarde; brama, tempestad nocturna, reúne los restos de cuanto ha vivido; porque Cristo ha resucitado! ¡No dormirán para siempre sus criaturas en el seno de la tierra donde la despiadada mano de la destruccion las hundi6! ¡Delicioso pensamiento! Sí, un día te realizarás; sí, un día nos despertaremos para la vida de los ángeles! Brisa matutina, llévanos á esa vida celestial; viento abrasador del mediodía, impele á los muertos del Señor á las encantadas orillas del reconquistado paraiso. Ya el

angel silencioso de la flamígera cuchilla no nos impedirá la entrada del nuevo Eden, pues que á la sombra del arbol de la vida hemos celebrado el banquete de alianza con el Hijo del Eterno; pues que ha resucitado aquel que nos amó hasta morir por nosotros en la cruz del G6lgota. »

Tomás, postrado en el umbral de la puerta, se oculta el rostro con su manto, y copioso llanto baña sus megillas. Así corre la sangre del herido guerrero que se siente morir en medio de los gritos de victoria que dan sus compañeros de armas, nobles defensores de la libertad.

Anonadado por el dolor no acierta á levantarse el infeliz Dídimo durante algun tiempo, mas al cabo reanimadas sus fuerzas, á influjo de las embalsamadas exhalaciones de la noche, alzase y entra precipitadamente en la cabaña. Los fieles, contentos de ver de nuevo al amigo á quien aman y compadecen sinceramente, le rodean, y presurosos le refieren que Jesus se ha dignado aparecérselos. Estasiado los escuchó, mas así que hubieron cesado de hablar, comentando con el pensamiento lo que le decian, volvió á caer bajo la ferrea mano de las dudas.

« ¡Para convencerme de que en efecto ha salido vivo del sepulcro, exclamó, no me bastaria verle si con mis manos no tocaba sus llagas! »

Estremeciéronse los fieles; el rumor de las alas

de los seráfines se unió al murmullo de las palmeras que dan sombra á la cabaña, y lágrimas de gozo bañaron las mejillas de los inmortales, porque la misericordia del Redentor iba á manifestarse en todo su infinito poder...

Jesús está en pie en medio de la cabaña y visible para todos... Tomás se precipita á sus pies pareciéndole que después de una cruel agonía nada su alma en el piélago de la eterna luz. Cristo, sonriéndose con sus elegidos, dijo :

« Paz á vosotros... y tú, Dídimó, acércate : mete aquí tu dedo y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado ; y no seas incrédulo sino fiel. »

Respondió Tomás y le dijo : « ¡ Señor mío y Dios mío ! »

Jesús le dijo : « Porque me has visto, Tomás, has creído : bienaventurados los que no vieron y creyeron ¹. »

Desapareció Cristo, y Tomás continuó postrado adorándole en alta voz. A poco levantándose, rogó á sus amigos que le perdonaran su larga incredulidad ;

¹ Todo este diálogo entre el Salvador y el apóstol Santo Tomás, está copiado literalmente de los vers. 27, 28 y 29. c. XX. del evangelio de San Juan. Klopstock, forzado sin duda por las exigencias del metro, alteró, aunque en nada la esencia, en algo las palabras ; mas no habiendo en la traducción iguales causas, me ha parecido mejor atenerme al texto del sagrado libro. — T. E.

lidad ; y el perdón que de antemano le había sido concedido aumentó su piadoso ardor, inspirándole el mas vivo deseo de conseguir la gloria del martirio. Iguales votos hacen todos los fieles presentes, quienes en su santa exaltación entonan un himno dedicado á los futuros cristianos cuyos altos destinos presienten :

« Salud á vosotros, servidores de Cristo, á vosotros que el porvenir encierra aun en su seno material. Benditos seáis con todas las bendiciones de su misericordia, vosotros los que caminareis en la senda de las pruebas sin haber visto á vuestro Salvador y creyendo sin embargo en él. Sea vuestra santa comunidad consagrada á la muerte, ejemplo para todos los vivos ; no os detenga obstáculo alguno ; pelead, pelead sin descanso, que el Señor os dará fuerzas. Acordaos siempre, futuros hermanos, de que nosotros hemos despreciado la mofa, el insulto y el suplicio. Contra la mofa sola tendreis que luchar, mas con todo también para vosotros abreviará el plazo de las pruebas *aquel* que desde el principio del mundo se ha inmolidado por nosotros ; *aquel* que hasta al fin de los tiempos será con todos cuantos le amen con puro y santo amor. »

Así cantaron los fieles elevándose hasta el cielo sus voces armoniosas y graves como los santos himnos que los mártires entonan al pie del trono del Eterno.

Quando pasó la tierra por la terrible y universal prueba del agua, las almas de aquellos que rehusaron ver en ella el juicio de Dios descendieron á profundos abismos donde la voluntad suprema las retuvo cautivas. Mas desde que nació Cristo fueron sucesivamente algunos seráfines á anunciarles el Salvador que habia de rescatar todos los pecados del mundo, y Gabriel les dijo :

« Espíritus de los primeros habitantes de la tierra, antes de volver á subir á los cielos descenderá el Hijo del Eterno á vuestra lúgubre morada. Cuando al través del velo que os separa del resto de la creación veais estremecerse al valle de Getsemani y á sus mas altas palmeras inclinar las copas, entonces poco tardará en aparecerse á vosotros el divino Redentor. »

Y aquellas proféticas palabras arrojadas á las legiones de espíritus prisioneros en las entrañas de la tierra, produjeron para ellos visiones de mil diversos aspectos. Iluminábales á veces con dudosa luz un destello de feliz porvenir, y entonces sus impetuosos deseos los elevaban hasta el cielo ; mas á tan vivos esfuerzos sucedian siempre desesperadas caidas. Con frecuencia renacia la esperanza poderosa y fuerte, mas á par de ella crecian tambien la duda y el desaliento haciéndoles incrédulos á las predicciones de los ángeles. Con mas frecuencia aun solia el orgullo alucinarlos funestamente para

que imaginasen que regresar sinceramente al camino del bien era vergonzosa debilidad. A tan diversas sensaciones se unia el dolor de haber perdido para siempre su parte en el reino de la luz, cuyo recuerdo nunca se borra enteramente del alma de las humanas criaturas. Así pasó para aquellos desgraciados espíritus la prolongada serie de los siglos que separó el diluvio de la muerte de Cristo. Mas entonces, cansados algunos de ellos de tan prolongada incertidumbre, consiguieron á fuerza de trabajo infinito llegar hasta las rocas que cerraban la entrada de su tenebrosa morada. Un poder irresistible les impidió pasar de aquellos límites, pero habiendo visto el valle de Getsemaní, volvieron á decir á sus compañeros de cautividad :

« ¡El valle se estremece, sus mas altas palmas inclinan las copas ! »

Los muertos claman : « ¡ Llegado es el tiempo ! »

Y el eco de los hondos abismos repite : « ¡ Llegado es el tiempo ! »

Al oír tan fausta nueva los mas impacientes de aquellos espíritus llenaron sus copas en el rio de fuego, que atraviesa el abismo, é iluminados por la llama vacilante de tan terribles lámparas buscaron y hallaron la salida de aquella morada precipitándose otros muchos en pos de ellos. Así agitada por la tempestad levántase la mar en móviles colinas que se chocan, se confunden y forman mon-

tañas mas altas que las rocas de su orilla. Despues de haber buscado en vano con la vista los pronósticos anunciados por los inmortales, regresaron los cautivos á las riberas del rio de fuego, á fin de proveerse en él de nuevas llamas para que les den luz cuando se estremezca el valle de Getsemani, y se inclinen sus mas altas palmeras.

Jesus, volviéndose á Gabriel, le dijo :

« Marcha delante de mí. »

Y Gabriel, envuelto en el mas bello de los rayos de la luz primitiva, vuela por los aires sin detenerse hasta la entrada de la carcel de los espíritus desterrados; y entonces vieron aquellos los signos que con ansia esperaban. Llenos de santo terror huyeron á las mas profundas tinieblas del abismo : tambien á ellas bajó el Salvador y con él la luz y la vida. Las negras rocas y sus abismos sin fin brillan con sobrenatural resplandor ; el agua cenagosa de los ardientes manantiales convirtiéndose en puro cristalino licor refresca los abrasados labios de los infelices, que durante siglos gimieron aherrojados en la tenebrosa sima. Reanimados desde luego con las primeras gotas del agua pura y suave sacudieron con furia sus cadenas de diamante ; y el deseo de saber en fin cual es el destino que les prepara su impenetrable Juez, hace á aquella inmensa reunion de muertos insensible á cualquiera otro sentimiento : en silencio aguarda: Gabriel hace sonar

en las inmensas bóvedas su temida trompeta y dice :

« A todos os conoce el Redentor, y al juzgaros no le vereis deslumbrador y terrible como ahora, sino tal como deseabais que fuese cuando invocasteis su auxilio. »

Calló, y los seráfines que habian anunciado el Salvador á los espíritus desterrados, formaron en torno de su dueño un círculo luminoso, que comprendiendo todo el ámbito del abismo, lo iluminó completamente. Conocieron los muertos que se acercaba el supremo instante, y el sombrío silencio que hasta entonces habian observado fué interrumpido por lastimosos gritos y sordos gemidos. Cristo los oye, y su pensamiento adivina hasta la muda oracion de los espíritus temerosos á quienes la humildad contiene lejos de él. Miró el Señor á los seráfines, y comprendiendo ellos su mirada, bajaron entre los muertos y con sola una señal separaron á los elegidos de aquellos para quienes no hubo perdon.

¡Momento de inefable alegría y de ináudito terror! ¿Donde resuena la lira capaz de cantarte? Si un angel me trajera esa lira divina, si pudiera enseñarme á hacerla hablar el idioma de los inmortales, ¡oh! ¡entonces procuraria yo pintar la beatitud de las almas salvadas, y la desesperacion de los espíritus desheredados del reino de la luz!

Terminada está la obra de los seráfines, y legiones de elegidos se elevan por los aires, á donde algunos ángeles con cetros de oro en las manos y ceñidores radiantes como el Iris, los esperan para conducirlos atravesando el espacio infinito hasta el trono del Eterno. Sin embargo de las celestiales glorias destinadas á las almas bienaventuradas, con frecuencia, se verán precisados los ángeles durante aquel largo camino á levantar hácia el cielo sus cetros de oro, para recordarles á los cansados peregrinos la inefable felicidad que al fin de él les espera.

Lánzase á los aires la última legion de los espíritus redimidos, y de nuevo tienden las tinieblas el oscuro manto sobre el lugar de su destierro.

Tres veces la tierra giró sobre su eje y los desdichados á quienes el aspecto inflexible de un angel dió á conocer que para ellos la hora de la libertad no habia sonado aun, permanecian inmóviles á las orillas del rio de fuego. Saliendo entonces repentinamente de aquel estado de muda desesperacion, llenaron sus copas de llamas y recorrieron las mas sombrías cavernas del abismo buscando en ellas á sus compañeros; y en el fondo de aquellas sombrías cavernas resonaron los lamentables gritos del hermano y del amigo condenados á mas larga cautividad, y que en vano llamaban al her-

mano y al amigo cuyas cadenas desató el Juez misericordioso.

Los herederos de la tumba experimentan á veces en este valle santas y dulces emociones que les hacen presentir las bienaventuranzas de la vida eterna; pero al mas ligero soplo de la brisa terrenal, se agostan aquellas precoces flores que en otro tiempo embellecian el arbol de la vida en los deliciosos campos del Eden.

Dulce sueño sorprendió al joven Neftoa en medio de una fervorosa oracion, á la manera en que el rocío de la mañana descende sobre el florido manto que el aliento de la primavera tiende sobre valles y praderas. Un dichoso ensueño alucina al piadoso niño, y en medio de él una voz misteriosa le dice:

« ¿ Duermes? ¿ y todavía no has ido á decirles á los fieles: uno de los habitantes de los cielos se me ha aparecido, Cristo me ha enviado uno de sus resucitados? Sabe que ese resucitado regresó á la tumba del Gólgota, para unirse allí con los inmortales que se complacen en reunirse en la tierra santa, donde estan seguros de encontrar siempre á algunos de sus amigos. »

Despertóse el amable niño, y así que comenzó á aparecer la luz del dia salió de las puertas de Salem encaminándose al Gólgota. Apenas habia dado algunos pasos por el campo encontró á muchos de

los discípulos de Jesus que regresaban del sepulcro, y acercándose á ellos presuroso les dijo :

« Si habeis dejado á algunos fieles en el jardin de la resurreccion, id y traedlos á todos á la sombra de las Palmeras; reunid allí gran número de testigos, porque encargado estoy de un mensaje del cielo para ellos y para vosotros. »

Y sin esperar su respuesta se encaminó á un grupo de niños que descuidados y alegres jugaban á la entrada del huerto de los Olivos. Contemplólos Neftoa largo tiempo en silencio, y al fin eligió en su pensamiento á nueve de entre ellos. Cinco fueron de los que ya Jesus habia bendecido á la faz del pueblo, los cuatro restantes por su propia inspiracion escogidos : la divina sabiduría le dirigió en aquella eleccion como suele encaminar la voluntad de los ángeles cuando bajan á la tierra á visitar á los futuros hermanos de su inmortalidad.

Dóciles á la voz de Neftoa síguenle sus jóvenes compañeros hasta el sepulcro, en el cual penetran sus miradas con la audacia propia de la inocencia, examinando hasta el fondo de la sombría bóveda primero, y despues pasando á contemplar la losa que cerró la entrada de la tumba. A poco sin embargo apoderóse de ellos santo estremecimiento, y acabando de asustarles la sombra de los pinos, cuyas imponentes copas se unian entre sí, fueron

á buscar contra los ardores del sol un abrigo, mas conforme á su edad, bajo la risueña verdura de los árboles frutales que la primavera esmaltaba con aromáticas flores. Allí sentados sobre el verde cespèd cubierto de rojos y blancos pétalos, que la brisa de la mañana arrancó á las floridas ramas, estaban muchos de los amigos de Jesus, entre los cuales algunos reconocieron desde luego al niño que en otro tiempo presentó su maestro al pueblo como ejemplo de candor y de humildad. Contemplábalos Neftoa en religioso silencio, mas conociendo sin embargo que prontas estaban á salir de sus labios palabras de esperanza y de felicidad, alentáronle los fieles con bondadosa sonrisa, y el niño les contó inmediatamente como Benoni se le habia aparecido y todo cuando este le dijo sobre la resurreccion del Salvador. Produjo en los oyentes aquel relato sensaciones mucho mas deliciosas, que cuantas hasta entonces habian experimentado; y exhalándose su santo éstasis en armónicos sonos cantaron de esta manera :

« Ya no sangra el talon que la 'serpiente por él hollada mordió al espirar. »

Y mientras corre aquel torrente de armonía forman los piadosos niños graciosas ruedas, y danzan el triunfante baile de la victoria.

Y el coro de los fieles volvió á cantar :

« La tempestad cesó ; en las nubes se dibuja un